

ANTONIO CAMARERO BENITO
REFLEXIONES EN EL BIMILENARIO DE VIRGILIO

Se aproxima, dentro de 20 años, el bimilenario de nuestra era cristiana, el año 2.000. A la conciencia de la humanidad ofrece una peculiar expectación. En angustia pesimista pueden escucharse temores apocalípticos, de un fin del mundo, como ocurrió en el primer milenio medieval, entonces de carácter y fundamentación religiosa, ahora opuestamente de desacralización y autoaniquilación humana. Este extremado pesimismo no es general, pero sí la preocupación de posibles cataclismos y degradantes destrucciones materiales y espirituales, por la terrible ambivalencia del progreso técnico y los angustiosos y violentos problemas sociales y culturales.

En nuestra larga y progresiva crisis, que procede tanto del hundimiento de valores tradicionales como de fracasos que le han seguido, es momento de mesianismos en tres direcciones encontradas: la tecnológica, de fe positivista en soñado progreso racional práctico, que en tantos aspectos la ciencia ficción elucubra en su futuro como terrible deshumanización; la transformación universal materialista de pretendida equidad social, igualmente de experiencia deshumanizadora; y el renacimiento integral de renovadas culturas tradicionales, para nosotros nuestra civilización occidental cristiana, desfallecida e inerte por hipócrita inautenticidad. Las tres tendencias o estados son efecto de la propia idiosincrasia de nuestra civilización madre, con mayor o menor degeneración o pérdida de su verdadero espíritu por desintegración, desequilibrio y desmesura del hombre, tan temidos y reprobados en sus principios. Todo renacimiento histórico, en el que hemos de instalar nuestra confianza, ha de recuperar los ideales primigenios para el rechazo o modificación correctiva del presente y la renovación integral progresista al futuro.

A este final de nuestro siglo y principio del próximo corresponde el bimilenario de la época de Augusto, de tantos fundadores de nuestra cultura grecorromana a los que necesariamente hay que acudir y asumir renovadamente. En estos días el mundo entero conmemora los dos mil años de la muerte de Virgilio, a quien Haecker apropiadamente llamó por antonomasia el Padre de Occidente (1). Sin duda podría parecer excesivo llamarlo Padre de Occidente. Occidente no tiene una voz, un dogma, una fuente única; es un espíritu sumado en múltiples expresiones de actitudes e ideales humanos. Pero Virgilio, el poeta y pensador Virgilio, resume y condensa la obra de sus predecesores griegos y romanos, y en Roma y ya en toda la historia occidental es foco sumo de estilo y humanismo, como profunda génesis espiritual y civilizadora, y nexa fundamental con el cristianismo.

Históricamente siempre desde hace dos mil años cada época para propia visión del mundo encabezó su canon con el mayor poeta de la romanidad. En la Edad Media, el alegorismo poético y el místico neoplatónico y cristiano hace de su Eneida la imagen del camino de la vida humana a la sabiduría y virtud. La Iglesia lo une con la Sibila a sus profetas en templos y escritos como anunciador velado del Salvador. Hacia el siglo XIII es considerado mago taumaturgo de profunda sabiduría con fabulosas leyendas. El espíritu ascético virgiliano y la trascendencia profética se encarnaron en la Iglesia y al final del medioevo su humanismo poético se condensó culturalmente en el gran momento de la Divina Comedia y todos los grandes autores renacentistas. Llama Dante precisamente Comedia a su divina obra por el tono menor a su juicio frente a la tragedia épica de Virgilio. No es su guía y modelo sólo por la descripción del mundo inferior o por ser el mayor heraldo del imperio para su añorada monarquía universal. Es símbolo máximo para él de sabiduría por su estilo cósmico, su grandeza poética. El mismo nos lo dice: haber tomado de Virgilio (il nostro maggior poeta, la nostra maggior musa) su bello estilo, que es la energía insuperable de imaginación, la nobleza de pensamiento, la inspiración y encarnación de ideales humanos y divinos, el peregrinar de la vida del hombre hacia la sabiduría, belleza y contemplación (Tu sei lo mio maestro e il mio autore/ tu sei solo colui, da cui io tolsi/ lo bello stilo che me ha fatto onore, Inf.I,85-87).

Así será siempre Virgilio el ideal de estilo-pensamiento, pero particularmente, en la eclosión de las literaturas europeas, fuente de géneros y modos literarios: de todas las numerosas epopeyas fundantes de pueblos. poemas épicos religiosos y caballerescos; de la poesía bucólica pastoril, en España desde Garcilaso, Luis de León, Juan de la Cruz a Góngora y Balbuena; del teatro de pastores, la novela sentimental y de caballerías; del grandioso itinerario de aventuras a la verdad y justicia del Quijote.

Dante y Cervantes, nuestros grandes antepasados, en el estilo y sensibilidad de Virgilio. Modelo inimitable luego en clasicismos, romanticismos y simbolismos, como señor del lenguaje y de la mente, queda diluïdo en todos los tiempos como conciencia de nuestra historia y literatura y sigue siendo el poeta más cercano al profetismo órfico y epifanía de la poesía actual con profundas pervivencias.

Virgilio vive en nuestra lengua y pensamiento; su latín, el más rico y perfecto del mundo romano, ha sido integrado como modelo continuamente en nuestras lenguas modernas por autores admiradores del paradigma inalcanzable de su estilo y expresión. Su penetración y sensibilidad en el conocimiento del hombre y del mundo, su humanismo, ofrece la sabiduría de la filosofía perenne, no abstracta, en la esplendencia concreta de las

cosas, de la naturaleza, de la significación del hombre individual y su contexto socio-político, del ser entero del hombre en la más simple y profunda realidad. Su poderosa imaginación poética, como ley de un arte grande que integra la filosofía y la historia, la belleza con la verdad y el bien, conspirará siempre con las inquietudes mágicas de la poesía; su mesianismo estimulará sueños de edades áureas u órdenes nuevos; su visión histórica podrá seguir basando sentimientos nacionales, universalismos o cultos al heroísmo; su melancolía delicada y pasional ayudará siempre a penetrar en la profundidad del dolor humano (*sunt lacrimae rerum*), el afán de fraternidad y las vivencias religiosas. Cada época ha sentido y sentirá una atracción e interés por alguna de tales facetas u otras de sus textos inagotables, con exégesis y visión propia, pero siempre el gran mensaje de Virgilio es el llamado de **felicidad natural**, a los hombres de todos los tiempos, sin duda el más necesario para nuestro desnortado mundo contemporáneo.

Virgilio es hombre de su tiempo, convulsionado como el nuestro, prácticamente en mayor o menor grado como el de todas las épocas históricas, de continuas y tremendas guerras civiles (doce entre los años 123 a 13 a.C.), crímenes y proscripciones sin cuento, injusticias y violencias, el delirio social como lo llamó su íntimo amigo Horacio (2). Pero Virgilio no es la historia externa de Roma en sus vicios y grandezas, sus injusticias económicas o sociales. Por y sobre las tremendas circunstancias de desvíos deshumanizados, es la voz del ser y deber fundamental. Había nacido para la paz, para contemplar, comprender, amar, crear formas de belleza, crear autenticidades y así, con fervoroso entusiasmo favorece y fundamenta los anhelos de quienes proponían la unidad, en especial el ideal de Augusto, de paz para Roma y todos los pueblos. De él fue su mejor intérprete en la restauración de la vida natural del hombre, la religiosidad y moral tradicional, la fe y orgullo de la eternidad de Roma.

No nos dejó confidencias personales, como su amigo Horacio y los demás poetas elegíacos contemporáneos, pero toda su obra es confesión, manifestación del tono lírico de su alma y modulaciones de su talento poético, en una constante sensibilidad y penetración de la naturaleza que fecunda y basa la auténtica vida humana. Y su obra es un único proceso poético en su tríada **Eglogas, Geórgicas, Eneida**, que podrían parecer autónomas, independientes. Son perspectivas, aspectos de gradación ordenada, paralelas a las circunstancias sociales de Roma, para el desarrollo de su tema de la "naturaleza y el hombre", desde el *homo laudans*, pastoril, de las **Eglogas**, de alabanza, goce y sentimiento concordante con la naturaleza ociosa, al *homo colens*, agrícola, de las **Geórgicas**, cultivador, conformador de ética y felicidad en el trabajo, por antonomasia el del campo, hasta

llegar al homo condens, guerrero, de la Eneida, fundador con tal carácter de conciencia individual y social histórica, el ordenamiento de valores humanos y orden político en que se refleje la armonía suprasensible e inmutable del cosmos (3).

Con el denodado labor improbus para cultivar, como en la actividad agrícola, su fecunda inspiración, prepara en tres o cuatro años el comienzo de su tema, la naturaleza y el hombre, con sus Eglogas, que representan la conquista de la belleza poética y de la pura sensibilidad de la naturaleza. En ellas están los versos más armoniosos de Virgilio, que podrán ser luego más profundos, dramáticos, vigorosos o sublimes. Emula la perfección del lenguaje griego y lleva su latín a una técnica, riqueza y armonía nunca igualadas. Va a lograr la gravedad de un Ennio sin su tosquedad, el esplendor y refinamiento de Catulo, de los neotéricos, sin su ligereza y afectación, la profundidad de Lucrecio sin sus asperezas y efectismos. La poesía de las Eglogas es magia y sonoridad armoniosa, que se resuelve en ritmos e ideas de vibración de la lengua y goce del oído y del corazón. Una sola palabra podría definir su mágica sonoridad y sensibilidad, encantamiento, como el de Orfeo, Lino o Pan (4). Es eco y resonancia entre la naturaleza y vibración del hombre, unión de ritmos de la vida natural, de la música y sentimientos humanos en simpatía común. Árboles, rocas, flores, montes resuenan como en un canto amebico total con el poeta. Es poder órfico, encanto, que no está solo en ideas y musicalidad de intuiciones aisladas, es la imaginación toda entera de Virgilio que impregna su pensamiento, sentimiento y expresión. Es el misterio poético y ultima ratio de su personalidad. La poesía de Virgilio es suma de ritmos de naturalismo y espiritualismo objetivistas (5). Por eso en la lectura crítica puede fácilmente reducirse equivocadamente a un solo realismo natural o a un espiritualismo místico, aspectos intrínsecamente unidos en una poesía esencial en lo cósmico numinoso.

Esta primera obra ha sido considerada como un libro clave, con traslado por Virgilio de sí mismo y de sus amigos y enemigos del círculo o cenáculo literario de los poetas romanos del momento, a pastores de una Arcadia idealizada, con modelos y contaminación continua de temas, motivos y expresiones del gran creador del género, Teócrito. Sin duda hay presentaciones concretas de algunos de ellos y posible encubrimiento de otros con nombres pastoriles griegos, pero no identificaciones históricas. Además, ellos e incluso los pastores de Teócrito pierden individualidad, son actores de modalidades y vicisitudes humanas en el goce, melancolía y pasiones de la vida eglógica de una Arcadia o Sicilia idealizadas junto con el realismo de sus permanentes vivencias mantuanas, las experiencias consubstanciadas de su tierra natal.

Quizá nada más extraño que enfrentar u ofrecer al mundo romano en tremendas pasiones, guerras políticossociales y refinamiento de la civilización urbana, otro mundo al parecer el más artificioso de un género literario de falsos pastores arcádicos. Pero es en realidad, por extremo, el llamado de más auténtica aproximación al hombre natural en su convivencia y participación con la naturaleza, tan olvidado de ella y de sí mismo, la fresca ingenuidad y asombro, los más sinceros sentimientos, conmociones y aspiraciones del hombre, ser natural en la naturaleza y sobre la naturaleza, con extensión a los orígenes y metamorfosis del mundo y a sueños de la mejor sociedad humana.

Sus diez églogas, variados diálogos y monólogos, tonalidades diversas en un mundo de praderas, montes, pastores, de paisajes, actividades y sentimientos inigualables, de paz profunda, dulce melancolía, de bellezas invisibles numinosas, de profundas dulzuras y tormentos del corazón humano, han tenido recientemente una interesante comprensión de estructura conjunta, de secreta arquitectura, en correspondencias entre sí simbólicas para una especie de iniciación a la belleza y la naturaleza (es más cautivante una lectura en la ordenación de tal precomprensión creadora) (6). La base, diríamos ascética, de su construcción piramidal son las églogas I y IX, con problemas o pruebas de la tierra, el drama agreste de expoliación de los predios entregados a veteranos de guerras. Nada más virgiliano que el goce de los que permanecen y el insondable dolor de los desprotegidos, llenos de amor y arraigo a la gleba, errantes de su tierra de toda la vida, mientras descende con largas sombras de los montes la melancolía de la noche (I, 82). En una segunda escala y pareja de églogas, la II y la VIII ofrecen dramas de amor y sobre la tierra y el amor unos cantos amebos de la III y VII nos elevan al arte, la música y juego de contrapunto. El espíritu poético se transporta luego sobre el fondo bucólico a revelaciones o profecías sobrenaturales en el IV y VI; en ésta una iniciación cósmica sobre los oscuros orígenes del mundo y las metamorfosis en decadencia de los seres, y en la famosa égloga IV la profecía de una añorada edad de oro histórica de renovación del mundo romano, anunciada por el nacimiento de un niño que inauguraría una época venturosa (desde Lactancio entendida como velada profecía de Cristo). En culminación de este camino de ascensión y en el centro de todas ellas, se llega en la égloga V a la apoteosis de belleza-poesía-naturaleza-amor, simbolizada en Dafnis, semidios inventor de la poesía pastoral, por cuya muerte llora toda la naturaleza. Y en la final égloga X, como anticipo del mítico Dafnis, se canta el desconsolado amor del gran poeta y amigo Galo, a quien lloran amigos y divinidades agrestes en su atormentada pasión ("el amor domina todo; cedamos al amor"). La bucólica tradicional, como la elegía, comedia y epigrama, tenían como asunto preferido el amor en sentimiento de sufrimiento erótico. La égloga X con la II y la VIII, más proximas a la elegía y a la bucólica

teocritea, tienen como tema el amor y más concretamente el amor indignus de base epicúrea. Recientemente un estudioso español (7) extiende este amor indignus erróneamente a todas las églogas, negando por otro lado razonablemente, frente a muchos destacados críticos tradicionales, que el amor esté en primer plano en las Eglogas. La Arcadia excluye pasiones y desórdenes pero el amor, dirá en las Geórgicas, es un poder cósmico en todos los seres y maestro de la creación(8). En las Eglogas, como hemos visto, el amor es una prueba más a la poesía cósmica, a la verdad de la belleza, en un "texto" ritmado como una canastilla de mimbre, según imagen de la propia égloga X, 71.

En siete u ocho años subsiguientes, a manifiesta instancia de Mecenas, elabora Virgilio su segunda obra, Geórgicas, un extenso canto de entonación más vasta sobre la naturaleza, pero ya no como paz o ambiente idílico, sino tierra fecunda en el trabajo y vida del hombre. Como en las Eglogas, en las Geórgicas la tierra es convertida en heroína de su poesía, pero no en naturaleza ociosa sino en vivencia de todos sus paisajes y sentimientos de las actividades agrícolas; no lo numinoso difuso y el hombre ideal, sino los dioses romanos y el hombre histórico. Las continuas luchas civiles habían devastado, empobrecido, despoblado los campos de Italia ("las curvas hoces se han fundido en rígidas espadas"... "Marte impío se encrucece en todo al universo"; I,507 y 511). Se había huído además a las ciudades, a Roma, asilo y meta de ambiciones, codicias y engañosa vida fácil. Virgilio acepta y se siente pregonero del sagrado trabajo del campo (9).

Maravilla que un extenso poema didáctico sea su mayor excelencia artística. Conviven el genio poético ya consumado y el corazón de campesino en los preceptos prácticos que llenan la obra, descripciones y digresiones con emocionado simbolismo de entrañamiento con la naturaleza. Es un especial manual poético de agricultura, no tanto dirigido al hombre de campo sino al hombre general romano, para promover la agricultura y principalmente restaurar la paz en una ética primordial destruída, única que podría conducir a una nueva edad de oro histórica, como la tuvo Italia primigenia, tierra saturnia, con las sagradas virtudes romanas rurales (mos maiorum). Así explora la relación del mundo de la naturaleza y el mundo del hombre, el trabajo y las cualidades humanas.

Al final de un hermoso himno, un canto exaltado a su gran Italia, la patria la más fecunda, que sea la que sea es lo más maravilloso para el hombre como manifestación propia de la Tierra Madre, expresa la intención de la obra: "Salve, gran madre nutricia de mieses, tierra saturnia itálica, gran madre de héroes: en tu honor emprendo la obra de celebrar tu glorioso arte antiguo, abrir las fuentes sagradas y cantar a través de las

ciudades romanas el poema de Ascra" (II,173-6). F6rmula solemne, de epopeya, de principios y sumos ideales. Va a celebrarse la gloria inicial de Roma que fue el trabajo de la agricultura y como Hes6odo, el poeta de Ascra, justificarlo como principio de virtud, paz y justicia (10).

La naturaleza aparentemente hostile es providencialista divina, el trabajo no es castigo vengativo del Zeus hes6odico, ni pura necesidad materialista como dice Lucrecio, es ley y voluntad divina, duro principio de imprescindible acci3n redentora para su vida natural y cultural, su dignidad humana, con la providente mirada de J6piter que vela con signos y favores por su obra. Nadie hab6a llegado antes del cristianismo y similar a 6l a la esencia del trabajo, como fundamental el de la agricultura, del que surgieron todas las dem6s artes, los dem6s trabajos, el dominio de la naturaleza, el progreso y bienestar de los hombres (11).

La tierra (*iustissima tellus*, II,460) retribuye generosamente esfuerzos y hace var3n justo al hombre por imitaci3n de sus leyes y lecciones permanentes de activa moralidad. La vida del hombre de campo es la m6s feliz, existencia serena y gozosa sin desmesuradas ambiciones, enga6os y angustias, libre de guerras, violencias, horrores, corrupci3n y des3rdenes. Encuentra y desarrolla su autenticidad como ser natural en la naturaleza, adquiere su mejor forma de vida en ella y fundamenta la mejor sociedad y cultura humana en una filosof6a pr6ctica ("Feliz el hombre de campo porque es capaz de conocer la realidad, las causas de las cosas". II,490). Para Virgilio en la agricultura no s3lo est6n las ra6ces de progreso material de la humanidad sino de cultura y eticidad del hombre. La agricultura es prototipo de cultura. La cultura (no s3lo en su denominaci3n etimol3gica), el cultivo del hombre, tiene su aut6ntico y mejor fundamento en la compresi3n de orden natural del hombre. Igual que la hostilidad y dificultades de la tierra, s3lo es posible superar los des3rdenes sociales con el esforzado trabajo y la firmeza 6tica para purgar excesos de la contranaturaleza. Como ya en el ideal arc6dico en proceso natural y gradual pol6tico cada vez m6s hist3rico a trav6s de las Ge3rgicas hasta la Eneida, la poes6a de Virgilio es religiosa m6tica y natural filos3fica en s6ntesis conciliatoria. En ella es infaltable, esencial, dentro de cualquier tema, el sentido c3smico de simpat6a universal de los seres, de naturaleza sagrada y providencial en un orden divino que debe emular el hombre por medio de su participaci3n en lo numinoso. Es el esp6ritu que recorre toda la obra de Virgilio, quien expresa tal anhelo de inspiraci3n de la verdadera relaci3n del universo y el hombre con un misticismo astral como sumo *decorum* po6tico: o ser poeta c3smico o vivir el trabajo y la naturaleza del campo.

Completa y culmina Virgilio su proceso po6tico de la naturaleza y el hombre con la Eneida, en la que trabaj3 los diez 6ltimos a6os laboriosos

de su vida. Con el modelo de Homero funda culturalmente las bases de la romanidad e inaugura la epopeya histórica de los ideales de un pueblo. La Eneida es un extenso poema simbólico, elíptico, alusivo, en una interpretación personal de la tradición literaria e histórica, propia filosofía y sentido del hombre romano universal. La Eneida consagra el mito del pueblo romano de forma hasta entonces inconsistente, consagra el origen divino de la estirpe de su fundación y su continuidad en el genio de sus gobernantes (*fatales duces*) y propone el modelo de nueva heroicidad para todo hombre histórico romano y universal. La Eneida deriva su impulso artístico del hecho histórico de que una sociedad puede ser animada por la literatura a una imaginativa realización de verdadera moral que han destruido graves desórdenes sociales. Con ella culmina Virgilio la relación de naturaleza y hombre en la vida social histórica.

La leyenda de Eneas ennoblece la victoria de Augusto en Accio y provee al mismo tiempo una fundamentación ética para su mejor futuro. En una maravillosa sincronía basa la ansiada edad de oro, la paz universal de Augusto en la renovación de la fuerza original y virtudes del hombre primitivo de los reinos del Lacio, los de Latino y Evandro, de firme y auténtico humanismo natural, de primitiva edad de oro arcádica como modelo imprescindible de vislumbrada época venturosa (*fortunatae gentes...Saturnia regna*, II,252). Tras una larga odisea a la tierra prometida, Eneas había contemplado el lujo de la civilización, el progreso y cultura materialista fenicios de Cartago y había superado la gran tentación simbolizada en el amor de Dido. La providencia, que ya había proclamado el destino indefectible, le concede entonces la iniciación de firmeza espiritual con la visión infernal, la revelación en síntesis grandiosa de la historia de Roma (como la similar de su escudo), que temple su ánimo y lo decide a cumplir su difícil misión. Roma surgirá de la autenticidad humana del Lacio agrícola pastoril y se mantendrá y cumplirá su destino, como repetirán todos los pensadores romanos, con las virtudes naturales de tal calidad de hombre: religiosidad, piedad, gravedad, buena fe y palabra, esfuerzo, lealtad, etc. (las cualidades que conocemos en el hombre puro de campo). Virgilio nos describe con amplios detalles y explicaciones etiológicas su sencilla pero básica vida natural, los viejos cultos romanos de los campos, el paradigma de Hércules agrícola, las raíces profundas en donde se elevará el Capitolio y las colinas que llenarán Roma, dueña del mundo.

Los factores discordantes y lucha por el ideal áureo de Augusto se analizan en el pathos del peculiar heroísmo del fundador Eneas para cumplir su destino. El *fatum* es misterio de lo "dicho" y del mismo que lo dice, su garantizador Júpiter; no es fuerza ciega, es destino moral que se cumple por los actos de libre acción humana con la ayuda divina

cuando hay acomodación a lo natural con constancia y firmeza (“a cada uno sus actos aportarán infortunio o fortuna”, dice Júpiter, X,111-2). Hay que ganarse el destino, es recompensa de nuestros actos.

Toda la Eneida es el camino y cumplimiento del destino y medios para lograrlo. Eneas abandona contrariado su Troya. Prototipo humano-divino progresa ayudado por revelaciones y vaticinios, lleno de dudas, contradicciones, pruebas, tentaciones, incluso hasta violencias, con fe y áscesis estoica (*abstine-substine*) para afirmar con ayuda providencial divina su responsabilidad y conciencia de deber. Es y será siempre paradigma simbólico de la vida en perfeccionamiento personal de todo hombre. El fundador de Roma (modelo de gobernante y gobernados) no es orgulloso, un héroe infalible, prometeico o fáustico; tiene la heroicidad de una vida concreta común. Es piadoso, próximo a la humildad cristiana en la finitud y debilidad humana. Condensa su actitud básica en su respeto y magnanimidad (*pius Aeneas...pater magnanimus*). La *pietas* representa el respeto interior y exterior profundo a lo divino, hasta el contradestino de Juno, que logra apaciguar y restablecer en la unidad del hado: el sagrado respeto familiar; el cuidado magnánimo de los suyos, y la justicia general. Es la *humanitas* de Eneas en las raíces e ideales del hombre histórico romano de constante esfuerzo, virtudes naturales y firmeza ética frente al desorden y corrupción (*uiolentia, furor*). Puede bien decir al final a su hijo, que es proclamarlo a todos sus descendientes: “Hijo mío, aprende de mí la virtud y el esforzado trabajo: de los demás las suertes de fortuna”, XII, 435,6) (12).

A dos mil años y ante nuestro temido o esperanzado año 2.000 es una voz de Virgilio, como en su tiempo, importante de escuchar en la ansiada recuperación de una vida natural integrada, tan distanciado el hombre de ella, una paz de fraternidad humana, libre de angustias y violencias, una firmeza ética y justicia social. Nuestra historia ha recorrido la controversia campo-ciudad, como retraso y progreso respectivamente y también como verdad natural y degradación. Ya el austero reformador Catón se enorgullecía del ciudadano agricultor como el más alto exponente de los tiempos humanos y Varrón derivaba del trabajador y cultivo de la tierra la mejor humanidad, comportamiento del hombre y engrandecimiento del estado (“el campo nos ha sido dado por los dioses; las ciudades por los hombres”). Los ecos virgilianos han sido continuos en las alabanzas de aldea y menosprecio de corte, la vida sosegada, también en la convicción de Horacio, alejada del mundanal ruido, las evasiones admiradoras al campo y la naturaleza, su añoranza desvitalizada del romanticismo, el sueño del buen salvaje o las condenas como la de Rousseau y posteriores a la vida moderna civilizadora de las técnicas, que mata el alma natural.

Pero reina la ciudad y su necesario y fatídico progreso. El mayor filósofo de los tiempos modernos, Hegel, pontificaba que sólo la ciudad moderna ofrece al espíritu el terreno en que toma conciencia de sí mismo. Se vive el tiempo de las metrópolis, la historia está en las calles, en su razón, el no sentido o desatino. Somos de la ciudad, no por vivir en el asfalto sino por separarnos de la realidad natural del hombre y del mundo, en desmesuras sin límites ni valores o más bien en las limitaciones de nuestras pobres y presuntuosas acciones, en que el proyecto humano pretende suplir la finalidad u orden natural. No es problema en sí de ciudad con sus extraordinarias y beneficiosas técnicas, ni de campo supeditado a ella, es problema de desnaturalización general.

Aparte de comunes proclamaciones integradoras en todos los programas políticos e ideologías, de hipócrita formalidad, son variados los movimientos actuales en favor del estado natural del hombre, hippies, no violencia naturalista, proorientales, mutacionistas, ecobiología, etc. "Defender la naturaleza es defender la vida" se dice ante la temida contaminación de ambientes y desequilibrio biológico impuesto por el hombre, pero tanto más debemos decir **defender lo natural es proteger y salvar la cultura, la vida física y espiritual, la fraternidad social.**

Bien nos viene en tal sentido recuperar el llamado de Virgilio, alabador, cultivador y fundador de la plenitud del hombre, de ciudad o de campo, conforme a su auténtica naturaleza.

NOTAS

- 1 - HAECKER, T., *Virgilio, padre de Occidente*, (trad. V. García Yedra), Ed. y public. españolas, Madrid, 1945.
- 2 - Hor. *Serm. II, 3, 107* (*delirus et amens*)
- 3 - DISANDRO, C.A., "Tres niveles del hombre en Virgilio", (Actas del I Simposio Nacional de Estudios Clásicos), Mendoza, 1972, págs. 121-129.
- 4 - DESPORT, M., *L'incantation virgilienne. Virgile et Orphée*, Delmas, Bordeaux, 1952.
- 5 - Tales perspectivas diferencian en general el mundo grecorromano del cristiano. Véase MONDOLFO, R., *La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua*, Eudeba, Buenos Aires, 1967, *passim*.
- 6 - MAURY, P., "Le secret de Virgile et l'architecture des Bucoliques", *Lettres d'Humanité*, 1944, págs. 71-147. Esta estructura esotérica pitagórica ha sido discutida en abundante bibliografía, así como las correspondencias numéricas de versos (cfr. PERRET, J., *Virgile*, Du Seuil, 1959, págs. 30 y sigs.; VAN SICKLE, J., "The design of Virgil's Bucolics", *Ist. Fil. Classica*, Urbino, 1978).
- 7 - GONZALEZ VAZQUEZ, J., "El tema del amor en las Bucólicas de Virgilio", *Emérita*, 47, 2, Madrid, 1979, pág. 319 y sigs.
- 8 - *Geórgicas* (II, 266-283). En la pastoral del siglo XVI los pastores son amantes antes que pastores y el amor es esencial como en la elegía y comedia antiguas.
- 9 - El mismo califica su obra de templo espiritual a Mantua y Augusto (*Geórg. III, 12-15*)
- 10 - Véase las concepciones de edades áureas primitiva y futura en Virgilio, diferentes de las pesimistas intuídas en degradación desde Hesíodo, en JOHNSTON, P.A., *Vergil's agricultural golden age*, Brill, Leiden, 1980.
- 11 - De los predecesores temáticos, Hesíodo, Arato, Lucrecio, Varrón, naturalmente los principales son Hesíodo y Lucrecio, de quien Vir-

gilio es clara contraréplica en su interpretación espiritual de la naturaleza frente a la materialista epicúrea de aquél (Véase la teodicea y dignidad del trabajo en WILKINSON, L.P., *The Georgics of Virgil*, Cambridge, 1969, pág. 56 y sigs.; BUCHNER, K., *Historia de la lit.latina*, Labor, Barcelona, 1968, pág. 155 y sigs.; KLINGNER, F., *Virgils Georgica*, Artemis, Zurich, pág. 119 y sigs. y las correspondientes bibliografías).

- 12 - Véase un panorama de crítica condensada sobre las características de la heroicidad de Eneas, en WILLIAMS, R.D., *Virgil, Greece and Rome*, Oxford, 1967, pág.31 y sigs.